

sacramentales; aquel mismo cuerpo que iba á entregar á los Judíos para que le atormentasen, y aquella misma sangre que habia de derramar por la remision de los pecados. Entónces recomendó á los discípulos renovar la memoria de su pasion, diciéndoles: *Haced esto en memoria de mí,* y entónces instituyó este santo sacrificio y sacramento.

Sabemos que los apóstoles lo ejecutaron. San Pablo insiste sobre la pureza y devocion con que los cristianos deben presentarse á la mesa del Señor, y los Actos de los apóstoles nos aseguran que se acercaban á ella con el mayor respeto y las mas vivas acciones de gracias. ¡Quién que ame á su religion no pensará en los afectos en que se hubiera encendido si hubiera tenido la dicha de asistir á este banquete celestial, y recibir de la propia mano de su Redentor su divino cuerpo y su preciosa sangre? ¡Hay muchos, decia San Juan Crisóstomo al pueblo de Antioquía, que hayan visto con sus ojos el rostro y la persona de Jesucristo? Pues bien, siempre que vamos á la misa y participamos de la santa Eucaristía, le vemos realmente en el Sacramento. No solo nos permite gozar de su presencia con los ojos de la fe, sino tocarle y recibirle en nuestros corazones. ¡Qué sentimientos no debe producir en nosotros la idea de que esta allí tan presente como lo estaba en la última cena con sus discípulos!

La misa es tambien una conmemoracion de su pasion, que fué el último esfuerzo de su amor á los hombres. El Apóstol nos dice: Siempre que comiereis este pan, y bebiereis este cáliz, anunciareis la muerte del Señor hasta que venga á juzgarnos. Por eso el cristiano que asiste á la misa debe tener á la vista el grande espectáculo del Calvario, ver á su Salvador espirando en la cruz, y derramando su sangre por rescatarnos. Pero la misa contiene las dos principales acciones del Hijo de Dios: la una como Eucaristía en cuanto nos da este pan celestial que alimenta nuestras almas y las sostiene en la virtud, y la otra como sacrificio para borrar todos los pecados que la fragilidad nos hace cometer, aplicándonos los méritos de Jesucristo cuando estamos bien dispuestos para recibirlos; y ve aquí por qué es el mas gustoso, importante y útil de los actos cristianos, tanto para adorar á Dios del modo mas perfecto, como para implorar las gracias necesarias para no ofenderle, y conseguir el perdon de nuestras antiguas culpas, y porque es tambien el medio mas propio para dar gracias á Dios de sus beneficios.

Para comprender el fruto que se puede sacar de la misa, basta considerar cuál es su mérito. Es el único y verdadero sacrificio de los cristianos, y como hemos dicho, renovacion del inefable sacrificio que ofreció á Dios Jesucristo cuan-

do dió en la cruz su vida por los hombres. Desde el principio del mundo ha habido sacrificios. En todo tiempo los hombres han dado la muerte, y ofrecido á Dios corderos, cuadrúpedos y volátiles. Era como un tributo que se pagaba á su soberano poder de todo lo que existia, y este sacrificio y oblation que se hacia á Dios de los animales, era un símbolo que representaba la disposicion del hombre á sacrificarlo todo, hasta su propia vida, por agradarle y aplacarle. Los gentiles tenian tambien sus sacrificios; y era tradicion universal, que este era el único modo de hacer propicia la Divinidad,

Pero el Apóstol, y con él los Santos Padres nos han advertido, que aquellos sacrificios hechos por los hijos de Adan y por los judíos no eran mas que sombras y figuras de este sacrificio de amor que estaba preparado. Era necesario que Jesucristo, que estaba representado por el cordero que los judíos mataban y comian en su pascua, se ofreciese él mismo á la muerte para rescatarnos del pecado, y restituirnos al derecho que habiamos perdido de la gloria. Los profetas habian predicho que aquellos sacrificios sangrientos serian reemplazados por otro mas puro y mas espiritual. David habia anunciado que el Mesías seria sacerdote segun el orden de Melquisedech, esto es, segun el orden de aquel sacerdote rey, que no ofrecia á Dios animales dego-

llados, sino pan y vino, y Jesucristo se sirvió del pan y del vino para transubstanciar uno y otro en su cuerpo y su sangre. El animal que se ofrecia á Dios en los antiguos sacrificios se llamaba holocausto, hostia ó víctima, y el Hijo de Dios que se encarnó y se hizo hombre, se ofreció á Dios en la cruz, como víctima sin mancha, por nosotros. Desde entónces no ha dejado de serlo, y lo será mientras el mundo exista, y mientras los sacerdotes de la nueva ley consagren con las especies de pan y vino.

Era tambien uso en los antiguos sacrificios, que aquel que daba la víctima tenia el derecho de participar, comiendo una parte en señal de que el sacrificio era suyo, y para obtener por él las gracias que pedia. Y por eso en este nuevo sacrificio del altar, en que Jesucristo se ofrece por víctima á su Eterno Padre, ha permitido á todos los fieles que puedan participar de la víctima, y comer y beber el cuerpo y la sangre que sacrificó en el Calvario, y ofrece de nuevo por ellos. Esta es señal de que el sacrificio se ofreció por ellos.

Este corto número de verdades debe hacernos ver lo admirable y divina que es la santa misa. ¡Con qué devocion se debe celebrar y oír! En cualquier lugar que esté el Sacramento, sea en el tabernáculo, sea en el altar, sea que se le lleve en procesion ó en viático, le debemos contemplar en

su trono de misericordia, le debemos adorar y pedirle sus gracias; en todas estas circunstancias podemos esperar obtenerlas, y conseguir poderosos socorros para el arreglo de nuestra vida, pero en ninguna de ellas hay la ventaja que se encuentra en la Misa; porque en todas estas circunstancias la accion del cristiano que se dirige á Jesucristo, no tiene mas mérito que el del fervor y devocion del que suplica, lo que los teólogos llaman *ex opere operantis*; pero la misa tiene en sí misma un mérito instrínseco, que se aplica al cristiano bien dispuesto que la oye, y al ministro que la celebra, *ex opere operato*. Sin duda que la buena disposicion de uno y otro es necesaria para adquirir el fruto, y dar gracias á Dios de los beneficios recibidos, y obtener nuevos; pero la adquisicion de estas gracias se debe á la virtud y fuerza ó eficacia del incruento sacrificio por sí mismo; porque el Hijo de Dios le ha destinado especialmente para aplicar sus méritos infinitos á los que le celebran dignamente. Y si los sacrificios de la ley antigua que no eran mas que figura de la nueva, eran un manantial inagotable de gracias, ¿qué no deben esperar los cristianos que ofrecen á Dios, Criador de la naturaleza, no víctimas sangrientas de animales, sino á su Hijo único y muy amado, al Cordero sin mancha, por quien todas las gracias se obtienen, y cuya sangre es tan preciosa,

que una gota sola basta para borrar los pecados de millares de mundos?

Aunque es verdad que no se puede ofrecer á Dios hostia mas santa y agradable, y por consiguiente es en sí misma de valor infinito; pero su valor en cuanto se aplica al cristiano es mas ó ménos limitado, segun su disposicion particular, y la aceptacion que Dios se digna hacer. En primer lugar, participá la Iglesia ó la universidad de los fieles, por los cuales se ofrece á Dios: despues los muertos á quienes alivian las oraciones de los vivos. La Iglesia lo crée así, fundada en la tradicion de todos los siglos, y en el libro de los Macabeos. Es cierto tambien que participan aquellos que el sacerdote nombra, ó á quienes tiene intencion de aplicarla, aun cuando no estuvieran presentes, si se hallan con las disposiciones necesarias. Cuál sea la medida de gracias que cada uno reciba, es un secreto que Dios se ha reservado. El tesoro es infinito, pero depende de su aceptacion: lo que nos importa saber es, que no hay ruego ni oracion que reciba mas favorablemente que el sacrificio del altar.

No solo los justos estan obligados á asistir, sino todos los fieles los dias de fiesta, aunque se reconozcan culpados de pecados graves. Pues aunque es verdad que la misa no confiere la gracia que santifica al que la ha perdido, y que segun el concilio de Trento este efecto pertene-

ce al sacramento de la Penitencia; con todo, el pecador que asiste con respeto y compuncion, aunque indigno de ofrecer víctima tan santa, puede pedir y esperar gracias que le exciten al arrepentimiento, y le conduzcan al sagrado tribunal. Esta oracion hecha con sinceridad es por lo ordinario oida, y una vez que se rompen las cadenas del pecado, las gracias vienen con mas abundancia.

Como la misa es un sacrificio de propiciacion, si no borra los pecados mortales, nos merece el perdon de los veniales, si los detestamos sinceramente. Añadid á esto las gracias espirituales y temporales que podemos haber menester en nuestras necesidades ó desgracias, y aquel inefable sacrificio nos lo adquiere, con tal que nuestra oracion no tenga por principio al amor propio, sino el deseo de santificarnos, y de servir á Dios con todo el ardor de que somos capaces. Todas estas verdades están indicadas en las mismas oraciones de la misa.

Pero hay gran diferencia entre los que solo asisten á la misa, y los que participan de la santa mesa. Los primeros cuando están sin culpas mortales y sin amor á las veniales, y cuando se unen en espíritu con devocion al sacerdote, reciben muchos bienes y pueden por un acto particular pedir á Dios que se les apliquen los méritos del cuerpo y de la sangre de Jesucristo que

no tienen la dicha de recibir, y esto se llama comunion espiritual. Esta accion hecha con recogimiento, devocion y deseo es muy útil.

Pero la comunion sacramental es el mayor tesoro de las gracias, pues el cristiano recibe en ella el cuerpo y la sangre de su Salvador. Esta comunion indispensable en el celebrante para consumir el sacrificio, es el canal por el cual se comunican todos sus frutos á los fieles. No hay alimento mas sólido ni mas propio para sostenerlos en el difícil camino del mundo. Si los santos, si los religiosos pueden preservarse del pecado, si resisten á las tentaciones, si sus acciones son agradables á Dios, todo lo deben á este pan de vida que sostiene su natural flaqueza, y pueden esperar que la sostendrá hasta el fin, pues el mismo Señor les ha dicho, que quien come este pan vivirá eternamente.

Pero esto baste ahora en cuanto á la penitencia, misa y comunion. Cuando llegue el momento de ejecutar estos actos, los mas sublimes de la religion, podrémos hablar mas expresamente de cada uno en su lugar. Ya os he dado una idea general de la religion, y no creo haber dicho todo lo que pudiera. El tiempo y las circunstancias me darán ocasion de desenvolveros sucesivamente lo que sea necesario, y espero que la gracia del Señor y la lectura de los libros buenos os acabarán de enterar de todo.

Pero pues me habeis dicho qué ya sabeis de memoria las cosas importantes que os he recomendado, os suplico las repitais conmigo.... Yo, Teodoro, no dejé de turbarme con esta no esperada proposicion; pero procuré volver en mí y recogerme. Despues de alguna reflexion comencé á decirlas, y las dije seguidas y sin detenerme en nada. El padre me dijo: Ya las sabeis bien, y podemos empezar nuestros ejercicios. El otro dia os dije, que nuestro primer acto debe ser renovar los votos del bautismo para que volvais á entrar en el seno de la Iglesia nuestra madre, que para esto era necesario decir con fe y devocion el *Credo*, que es el Símbolo de los apóstoles, ó la protestacion de la fe cristiana.

Esta accion, señor, es muy seria, y debe ser de nuestra parte muy solemne; porque por un lado pedimos á Dios perdon de haber desertado de su Iglesia, despues del inefable don de habernos hecho nacer en su seno, y de habernos lavado con el agua sagrada de la regeneracion, y por otro detestando la apostasia, debemos renovar á Dios los juramentos que hicimos, y protestarle nueva fidelidad, con promesa de observarla mejor.

Ya veis, señor, que este acto es grande, que es un nuevo empeño que vamos á tratar con Dios y pedirle que oiga nuestros votos, que nos reciba en su seno, y que nos trate con misericordia; y aunque Dios está en todas partes por su inmen-

sidad y nos oye en todo lugar, la Iglesia quiere que los actos de religion se hagan cuando se puede en los lugares consagrados por ella al ejercicio de su culto. Esta es la casa de oracion, el santuario en que da el Señor su audiencia, y donde escucha con mas favor los suspiros de un corazon arrepentido.

Nosotros tenemos, señor, en el lugar destinado á enterrar los muertos de esta casa, y donde sus cuerpos esperan la resurreccion general, una capilla en que les hacemos los últimos oficios. Allí se ve una imágen venerable del Señor crucificado, á quien consagramos las oraciones que hacemos por ellos. Los vivos van tambien cuando entre aquellas cenizas quieren renovar la idea de la muerte, ó cuando fuera de los actos comunes quieren particularmente consolarse con su Dios. Este lugar es solitario, y mañana si me lo permitis, os llevaré á él á la hora que creamos no habrá nadie, y podemos ejecutar allí lo que deseamos.

Mi fin es recibiros en nombre de la Iglesia, y admitiros en su seno, porque hasta ahora no estais en él. Vos os habeis excluido vos mismo, y no gozais de los dones que el cielo distribuye por su mano. Vos no participais del fruto de las oraciones que ella hace por los fieles, pues no estais en su comunion; pero al instante que por vuestro arrepentimiento y vuestro ruego en-

treis en su gremio, tendréis parte en todos sus sacrificios y buenas obras, porque esta es la ventaja de los cristianos, que todos participan de las oraciones de cada uno, y son, señor, muy poderosas para un Dios las súplicas y ruegos de una esposa pura y querida, en que estan unidos todos los escogidos que ama en toda una eternidad.

Yo dije al padre que estaba obediente á todo lo que disponia, y que me hallaria pronto á seguirle y hacer cuanto me mandara. Pues bien, me dijo el padre levantándose, encomendao esta noche á Dios, llamad á María su Madre, á S. José y á vuestro ángel de guarda; pedidles que asistan á este acto solemne, en que vais á consagraros á Dios nuevamente, y que sean garantes de vuestras promesas. Y pensad que este es el dia mas importante de vuestra vida, pues vais á dar el primer paso que os pondrá en el camino que guia á la eterna felicidad. El padre se fué, y yo, Teodoro, quedé esperando este dia, y pidiendo á Dios lo llevase al término, pues habia tenido la misericordia de ponerme en el principio. A Dios, Teodoro, hasta mañana.

## CARTA XX.

## EL FILOSOFO A TEODORO.

**T**EODORO mio: ántes que el padre viniese ya estaba yo esperándole para seguirle, pero muy desasosegado. Mi corazon palpitaba, como que me disponia á un acto grande y extraordinario, la inquietud no me dejaba parar, y me paseaba con pasos apresurados por el cuarto. Unas veces me parecia que no estaba bastante preparado para tan arduo empeño; otras que no le podria sostener; en fin, me encontraba rodeado de incertidumbres y ansiedades; pero el padre vino, y la presencia de este hombre angelical me serenó. Su aspecto religioso, y este carácter de santidad que estaba grabado en su fisonomía, excitó en mí un rápido recuerdo de todo lo que me habia dicho. Esto bastó para desterrar mis irresoluciones; experimenté un nuevo valor en el ánimo, y me dispuse á seguirle.

Me condujo por diferentes claustros hasta un punto en que bajamos una larga escalera. Cuando llegamos á lo profundo, ví una grande sala rodeada de muchos sepulcros, en que segun me